El Motín

AÑO XVIII NÚM. 37 — REDACCION Y ADMINISTRACION, RUIZ, 4, BAJO — 21 OCTUBRE DE 1899

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas. —Ultramar y Extranjero, 13 pesetas año.—Número suelto, 10 céntimos.—Atrasado, 25.—*Corresponsales*, 25 números, 1,50 pesetas.

SALUDO AL QUE LLEGA

Á Rodrigo Soriano

Joven, de talento, ilustrado, con nombre literario, en buena posición social y relacionado con las gentes de alto bordo, todo le gritaba á usted: «afíliate á un partido de los que tienen en el gobierno.»

Pero usted, en lugar de atender á ese grito, débil y sordo comparado con el que lanza la patria atada al carro de inmerecida desventura, acaba de responder valientemente en Castellón pidiendo la revisión del proceso de Montjuich, fustigando rudamente á los verdugos, y declarándose republicano; y republicano revolucionario.

Por lo raro del caso, no por ser yo amigo de usted, cojo hoy la pluma que reservo para el elogio, y que, con gran pena mía, está oxidada. ¡La uso tan poco! Porque elogios, y grandes, merece el hombre que, pudiendo figurar entre los de arriba, se pone de parte de los que sufren abajo.

De algunos años acá, no solamente los que nacen á la vida pública dentro de las ideas conservadoras permanecen afiliados á los partidos monárquicos, si no que muchos de los que respiraron al nacer aires democráticos, se embuten en ellos. La juventud, rabiosa por medrar, lo mismo se va con Sagasta, que con Silvela, que con Polavieja, que con el jesuitismo. Llegar pronto; he aquí lo que le preocupa. El cómo y por dónde, no le importa.

Apenas pasa día sin que alguno de los que comenzaron á adquirir renombre del lado de acá, se lance al de allá por el camino de la apostasía, de la delación, hasta del estetismo; eunucos de la moralidad, guardan con sus plumas alquiladas el serrallo del Gran Señor que está por el momento en condiciones de dispensar gracias y favores. A falta de otra potencia, tienen excesivamente desarrollada la estomacal.

Tenga usted la seguridad de que toda esa chusma inteligente y buscona, seria y cancanesca, impía y devota, censurará el acto de usted. «¡Irse con los republicanos, que están en la desgracia y sin esperanzas de venir! ¡Qué torpeza! ¡Qué chiflADURA!» De fijo exclamarán así todos los que creen que el escepticismo es una superioridad y el medro personal el único fin de la vida.

En cambio nosotros, los que negamos beligerancia al éxito como no sea honrado; los que rendimos culto á todas las palabras que se relacionan con las de abnegación y sacrificio; los que admiramos á los que luchan por esas multitudes que ni agradecerlo saben; los que, en vez de juzgarlo estigma, nos honramos con el inri que el egoismo encumbrado coloca sobre la frente de todo el que lucha abajo; nosotros saludamos al que llega á este campo de donde tantos han desertado; tendemos la mano al que trae en la suya una pluma que esgrimir valientemente en defensa del derecho y la justicia.

La tarea es ruda y la labor larga; no siempre fructifica la semilla que se arroja á la tierra, y á veces destruyen los tallos aquellos mismos para quienes se destina la cosecha. Pero ¿qué se le da de todo esto al hombre que, como usted, viene á este campo desde ese otro donde no es necesario sembrar para cosechar ni trabajar para enriquecerse?

Por esto quiero apresurarme, después de haberle saludado, á darle á usted la bienvenida.

José NAKENS

Escrito lo anterior, leo lo que le ha ocurrido á usted, amigo Soriano, en Villarreal, y le felicito. Despertar hasta ese punto las iras de los enemigos, ¡qué hermosa y envidiable manera de comenzar!

OFICIOSIDAD

El pueblo español necesitaba después del gran desastre educarse, instruirse, cultivar su espíritu, aprender. Pues va y encomienda la dirección de sus destinos á los que creen tener encerrada en un dogma toda la verdad, á los explotadores de la ignorancia, á los enemigos natos de la instrucción, á los que tienen á la ciencia por sospechosa de herejía, á los que sienten la nostalgia de los tiempos bárbaros y, ajenos á la evolución del pensamiento contemporáneo, ponen en San Agustín y en Santo Tomás la meta del saber humano.

Necesitaba trocar sus hábitos de pereza en hábitos de laboriosidad, y se confía por entero á los miembros de una comunidad religiosa humanamente improductiva, gente ociosa que estima el trabajo como castigo y maldición, que exalta la vida contemplativa y que, sobre dar á todos el ejemplo de su privilegiada indolencia, descarga sobre el país todo el peso de su pereza infecunda.

Necesitaba paz, y consiente que, á nombre de la religión, los fanáticos susciten la lucha de las conciencias, precursora de la de las armas.

Necesitaba economías, una vida de modestia y arreglo propia del pródigo que, arrepentido de sus disipaciones, se halla dispuesto á repararlas, y la reacción manda le hace pagar un enorme presupuesto eclesiástico, mientras que la otra, la fiera y levantisca, le obliga á mantener un gran ejército y á vivir en pie de guerra.

Necesitaba distraer su ánimo de las viejas leyendas de glorias más ó menos auténticas, para convertir toda su atención á las exigencias de su presente humilde, y no oye hablar sino de pasadas grandezas, de Otumba y Pavía, de Lepanto y San Quintín, de grandes hechos, de grandes conquistas y de grandes reyes.

Necesitaba precipitar el paso, tomar el atajo para ganar el tiempo perdido, y he aquí que los institutores místicos de la juventud producen generaciones de cretinos, eunucos del espíritu, ineptos para toda labor, incapaces de todo esfuerzo.

Necesitaba rehabilitar su nombre entre las naciones, que ven sólo en España la tierra clásica de la Inquisición y la patria de San Ignacio de Loyola, é impenitente en la superstición, da al mundo el espectáculo singular de un país que, en momentos supremos para la vida nacional, se entrega en cuerpo y alma á los fautores de sus males.

Así discurrimos los corregidores de Almagro que, en forma de radicales, le hemos salido al pueblo español. Así discurrimos, sin considerar que uno de los más castizos refranes castellanos asegura que el loco sabe en su casa más que el cuerdo en la ajena, y otro adagio no menos discreto nos enseña que cada cual sabe dónde le aprieta el zapato. Yo he leído recientemente en alguna parte la opinión de cierto hijo de la Albión pérfida, que debe ser ó haber sido gran humorista, el cual inglés aseguraba muy formal, que es gran dislate ese de querer civilizar á los españoles, pueblo vistoso y pintoresco, que perdería en tal empeño toda su originalidad sin ganar en cambio un ápice de cultura, resultando así un bárbaro adulterado por la civilización, según la inolvidable frase del estadista que perdimos. Tal parece ser también la opinión del propio interesado, y así lo asevera la prisa que se da en volver á Africa después de un conato estéril para ingresar en Europa.

Por oponernos nosotros á esa bibérrima voluntad de nuestros conciudadanos, el pueblo nos mira mal y sus autoridades suelen en su nombre brumarnos las costillas. Y nosotros erre que erre, empeñados en que se redima y regenere. Va usted á casa de un enfermo, le recomienda el remedio que debe curarle, y él, en vez de agradecerlo, le pone á usted á puntapiés en el arroyo. Se duele usted de la situación de un amigo vicioso y manicroto, le da buenos consejos, y él, irritado, le quiebra á usted la cabeza. ¿Será cuerdo en usted volver á aconsejar á tales gentes virtudes ó remedios? Esa ciega obstinación es la nuestra. Si el pueblo español está contento con su miseria, con su ignorancia, con su degradación, si le place confiarse á los mismos que le han perdido, ¿qué nos va á nosotros en ello? Sin duda nosotros también sufrimos los Gobiernos polaviejinos y pagamos los impuestos villaverdescos; pero nuestra tenacidad regeneradora no puede sino aumentar la parte alícuota que en los males comunes nos corresponde. Nosotros nos preocupamos de los males de la patria, y la patria se va á los toros. Nosotros hablamos de la revisión del proceso de Montjuich, y las gentes de la herida de Reverte. Se necesita una longanimidad infinita para no decirle á un pueblo que así procede: «¡Anda y que te zurzan!»

Uno de los oradores más energúmenos del club místico de Burgos ha dicho muy formal que los liberales no tenemos patria. Y es verdad. Aquí no hay patria más que para los neos, los jesuitas, los toreros, los caciques y las devotas. Nuestra labor extranjerista ha fracasado. Frustrado el intento de civilizar á España, urge devolverla su característica originalidad. Mucho de flamenquismo, *soleaes*, peteneras, pataitas, cañitas de manzanilla y ¡olé! Mucho de frailes, monjas, loyolas de hábito largo ó corto, novenas, trisagios, letanías, tedeums, procesiones, rosarios de la aurora, hermandades del pecado mortal y rondas de pan y huevo. Vuelvan los cintarazos, cuchilladas, ofrenas, escándalos, los ladrones en cuadrilla dueños de los campos y en las ciudades los Guzmanes de Alfarache de nuestros siglos de gloria. Vuelva la bazofia del convento á alimentar á los hidalgos de gotera y vuelva el rey *disoluto* con sus horcas llenas de liberales y aun su *miaja* de Inquisición. Nada de trabajar, de estudiar, de lavarse, prácticas exóticas que nunca usaron nuestros mayores. De esa manera fuimos grandes y así lo volveremos á ser. ¡Grandísimos!

Hay cosas que no pueden ser. Graves preocupaciones inspira á las Cancillerías europeas el porvenir del imperio mogrebino; pero á nadie se le ha ocurrido hasta ahora la peregrina idea de que Marruecos se regenere.

Alfredo CALDERÓN

El día 13 y no queriendo los paisanos de Zaragoza llevar los faroles en el rosario que recorre todos los años las calles, se dió esta comisión á los soldados de nuestro ejército.

«Esto, dice oportunamente el correligionario que me da la noticia, no pasará inadvertido para las naciones extranjeras, que sabrán sacarle punta á costa de nuestra piel.»

«Nadie mejor que usted, añade, con quien estamos absolutamente identificados política y religiosamente hablando, para anticipar su protesta contra ese acto, defendiendo así la dignidad de nuestro ejército y la de la mayoría de los españoles.»

Conste mi protesta más enérgica. Pero quiero hacer algo mejor que eso:

Felicitar á los zaragozanos que se han negado á cargar con los faroles.

Pueblo al que creíamos dominado por el clericalismo y que tiene esos arranques, ese pueblo seguirá y superará en su día la tradición liberal de Zaragoza.

CAFRES MÍSTICOS

Blasco Ibáñez está haciendo una propaganda de gran efecto por la región de Levante. Para apreciar su mérito y su oportunidad, baste decir que despierta entusiasmos consoladores para los republicanos y odios terribles entre los clericales. En varios puntos, sobre todo en Burriana, han tratado éstos de atentar á su vida y á la de los valientes correligionarios que le acompañaban. El lunes ocurrió lo siguiente en la estación de Villarreal:

Circuló en aquel pueblo de cafres la noticia de que iba á pasar Blasco Ibáñez en el tren descendente de Valencia, de regreso del mitin revisionista de Castellón, y ¡qué alegría salvaje y qué rugidos! Dejo á *El Pueblo* el relato de lo que ocurrió:

«A primera hora se echaron á las calles de Villarreal seis curitas jóvenes, seis efebos de seminario, esbeltos, de tez nacarada y menudo paso, quienes comenzaron á excitar el entusiasmo de la santa recua, ya preparada por el místico aguardiente de todas las tabernas de Villarreal.

En una calle fué colocada una bota de sardinas vacía y sobre ella puso sus lindos y graciosísimos pies uno de los curitas, pronunciando un sermón.

—Ya lo tenéis ahí; va á pasar por Villarreal Blasco Ibáñez. Nada importa que no entre en la población; basta que pase por la vía para que no le dejemos sin castigo. Acordáos bien de quién es. Es el diputado por Valencia, el que apoyó al impío Moraysta, el representante de los herejes que silbaron á Cerralbo y apedrearon á los peregrinos de Roma. ¡Viva el Corazón de Jesús! ¡viva don Carlos!, ¡viva Cerralbo! ¡Hay que hacer morcillas con la sangre de Blasco Ibáñez!

Un viejo que protestó contra tales disparates, fué apaleado por la mística turba; y capitaneados por los seis curas, se dirigieron á la estación unas mil bestias entre mujeres, niños y hombres.

Los niños berreaban ¡viva el Corazón de Jesús!; las mujeres, pelonas ó desgreñadas, pero sucias y feas como legítimas beatas, aullaban en el andén con un guijarro en cada mano:

Corazón santo,
Tu reinarás
Y á los impíos
Confundirás.

Y los hombres eran los encargados de *confundir*, enseñando insolentemente sus zarpas armadas con hachas, pistolas y garrotes. Como el alcalde de Villarreal es carlista y carlista casi todo el ayuntamiento, el arrendatario de los consumos, con todos sus dependientes, figuraban en la manifestación armados de carabinas.

El andén de la estación ofrecía un *magnífico* golpe de vista; algo semejante al aspecto de una tribu bailando la danza de guerra antes del antropófago sacrificio.

—*¡Mueran los masones! ¡Viva el Corazón de Jesús! ¡Muera Blasco Ibáñez! Hara ver en lo que fem de eixe guapo! ¡El trós mes gran será com el dit... ¡Viva don Carlos!*

Llegó el tren. ¿Conocen los lectores esas novelas de Julio Verne ó de Maine Reid, donde los Pieles Rojas, agazapados en la vía, asaltan los trenes americanos? Pues fué una escena igual.

Mientras el coro de mujeres seguía berreando el trovo del *Corazón santo, tu reinarás*... los santos igorrotes abrían las portezuelas de los coches de segunda y de primera, buscando á Blasco Ibáñez hasta debajo de los asientos. Inútil es decir el susto que á viajeras y viajeros causó ver asaltado el tren en la estación de un pueblo con aspecto civilizado, por una turba de gente mal encarada, con armas y capitaneada por seis curas que daban vivas al Corazón de Jesús y á Carlos VII.—¿Pero es que ya se han levantado partidas carlistas?—preguntaban.—¿Es que nos van á robar y matar á los que no somos de su partido?

A un vecino de Valencia que intentó protestar le pusieron dos pistolas en el pecho; á muchos que se quejaron del espectáculo les golpearon; y mientras tanto los aprendizas de barragana, berreando el *Corazón santo* y el tren parado más de diez minutos, pues el jefe de estación, por miedo, ó por complicidad—según muchos aseguran—procuró retrasar la salida para que la banda de los sacros matabeles se convenciera con un minucioso registro de que Blasco Ibáñez no iba en el tren. Partió, por fin, éste entre nuevos vivas al Corazón á don Carlos y mueras á Blasco Ibáñez.

El gobernador de Castellón, que al poco rato tuvo noticia de este asalto del tren, se indignó ante tan salvaje atentado, y llamando al diputado á Córtes por Castellón don Fernando Gasset, le hizo saber, para conocimiento del señor Blasco Ibáñez, que estaba dispuesto á reprimir enérgicamente la repetición de tal salvajada.

Blasco se enteró de todo lo ocurrido á las doce de la mañana, haciendo esfuerzos con los señores Gasset, Santa Cruz y otros caracterizados republicanos de Castellón para contener á muchos centenares de correligionarios que, justamente indignados, querían ir inmediatamente por la carretera hasta Villareal.

A las cuatro de la tarde marcharon á Valencia Blasco, Soriano y Roca, completamente solos en un departamento de primera. Algunos buenos correligionarios les habían proporcionado tres hermosos revólvers Smith con abundante provisión de cartuchos; que tales precauciones son necesarias para viajar por ciertos puntos de España en tiempos de Silvela. Sabían bien que la misma gente de la mañana esperaba en la estación.

Al llegar á Villareal vieron ocho individuos de la guardia civil que con un sargento procedieron con gran energía á limpiar el andén, custodiando el tren. Tras la balaustrada de la estación y en los caminos y pasos á nivel inmediatos había una gran multitud de mujeres desmelenadas y de lanchos mansos, de esos que consideran cual un honor tener en su casa como consocios un cura ó un fraile, los cuales daban vivas á Cerralbo y al Corazón y mueras á la libertad y á Blasco Ibáñez.

Los curitas de marras lucían por la estación con tanta insolencia su garbo delicísimo de estetas con manteo, que la guardia civil tuvo que reprenderles y muchos viajeros les insultaron por su descoco. Tan repugnante resultaba el espectáculo, que muchos viajeros, enterados de lo que ocurría, prorrumpieron en gritos contra los pieles rojas de Villarreal y sacaron armas para repeler una agresión. Un viajante de comercio que iba en el tren y por primera vez venía á Valencia, justamente indignado, bajó al andén, y después de estrechar la mano de Blasco Ibáñez, se enzarzó con los insolentes curas, llegando hasta echar mano al revólver.

Blasco Ibáñez y Rodrigo Soriano, asomados á las ventanillas, contestaban con risas y saludos irónicos á los aullidos de la tribu que insultaba desde lejos.—¡Viva la libertad!—gritó varias veces Soriano con voz estentórea—¡Os reconozco, animales! Y la tribu imbécil que daba vivas á Cerralbo, influida por el poder de un hombre superior, acabó por callarse.

Al partir el tren, los curas, echándose el manteo al talle y agitando las tejas, dieron la señal con estruendosos vivas y mueras.

Los que querían matar á Blasco Ibañez por la mañana y al verle por la tarde permanecieron quietos, se abalanzaron silbando al partir el tren. Arrojaron algunas piedras; la guardia civil se echó los fusiles á la cara... salieron todos huyendo y ya no ocurrió más.»

Pero lo ocurrido basta y sobra para llevar á los republicanos de sacristía el convencimiento de que están alentando al carlismo, y para decidirlos, si es que verdaderamente son demócratas, (lo que yo no creo) á combatir á los clericales.

Al punto á que han llegado las cosas, se impone este deslinde: ó con la democracia, ó con la Iglesia; ó ayudando á la República, ó con don Carlos.

Y todo lo que sea salirse de aquí, es farsa, mentira....

MARGARITAS A NEOS

Amigo Tomeu, del Puerto de Santa María.

He recibido tarde el artículo que usted me envía contestando á esos republicanos católicos, que se han indignado por lo que usted dijo acerca de ese buen señor Arvilla, por si había puesto la chapa del Sagrado Corazón á la puerta de su casa.

Lo he leído, me gusta mucho, pero, francamente, veo que incurre usted en una candidez insigne; la de intentar convencer con razones y textos á unas gentes que sostienen, sin soltar la carcajada, que tres es uno, y uno es tres.

No, amigo Tomeu; tales gentes no se convencen de ninguna manera, acaso por estar más *convencidas* que nosotros mismos de que representan una farsa.

Además, no es posible tomar en serio á un hombre que dice, como ese infeliz Arvilla:

«...atacar á la Iglesia de Cristo, á la Religión más grande de todas, á la única verdadera, porque es la del pobre, la del desamparado, la que ha anulado todos los privilegios, igualado á todas las clases y une en fraternal abrazo á todos los hombres, cualquiera que sea su origen, cualquiera que sea su raza...»

Quien afirma eso, ni sabe qué es la Iglesia, ni lo que ha hecho, ni lo que pasa en el mundo, ni lo que significa la palabra democracia; y, por tanto, pierde el tiempo el que, como usted, amigo Tomeu, publica un trabajo erudito para replicarle.

Los otros dos señores que tercian en el asunto, el señor Riva (republicano) y el señor Carrajal (que no lo es) quedan contestados cumplidamente en este párrafo de *El Observador*, periódico integrista de esa localidad:

«Si la república, tal como la entiende el repetido señor (Arvilla), nos trae aparejada la consecución de nuestros ideales, la entronización de Jesucristo en la sociedad organizada llamada Estado, gritaremos con toda la fuerza de nuestros pulmones: ¡Viva la República!, porque esa forma de gobierno nos habrá dado lo que deseamos, aquello por lo que diariamente combatimos.»

Cuando un periódico integrista, que pide para nosotros felices la unidad religiosa y la Inquisición, dice que apoyaría y defendería la República con que sueñan esos devotos correligionarios nuestros, no hay ya más que hablar acerca de lo que la tal República sería.

Y no hablaría más, á no ser porque hoy me hallo en vena de echar margaritas á clericales. Y, por lo tanto, ordeno y mando, que me conteste á esto cualquiera de esos republicanos con chapa y de Chapa.

La Iglesia católica afirma que el poder viene de Dios.

La democracia, que el poder emana del pueblo.

Si me convence cualquiera de esos señores de que tales aforismos contradictorios casan en la realidad, entonces, entonces... continuaré gritando:

¡Guerra al clericalismo!

Y más que á él aun, á los hipócritas que se lo ponen por careta para vivir bien con todos, burlándose en sus adentros de los unos y de los otros.

Y allá va el último cañonazo:

Los republicanos somos demócratas.

La democracia es liberal.

La Iglesia condena al liberalismo.

Luego esos republicanos que se dicen católicos, están condenados por la Iglesia.

Luego no pueden ser republicanos, siendo católicos, como no pueden ser católicos, siendo republicanos.

Por esto, lo más acertado y lo más lógico es pensar que no son... ni lo uno ni lo otro, sino apreciables cucainas que bailan al son que les tocan; y como hoy el son es clerical, hacen piruetas ridículas y grotescas á ese son, sin cerrarse del todo para mañana las puertas de la República... Por si acaso.

Entretanto, sirven á la reacción y viven con el jesuitismo.

Y el que sea tonto, y se empeñe en nadar contra la corriente, y en ser digno y serio en política, que se ahogue. Nadara entre dos aguas, y viviría como viven ellos, imitando al murciélago de la fábula.

He escrito estos renglones á escape, más por deferencia á usted, amigo Tomeu, que por la importancia de esos republicanos *chapeados* (mejor sería que fuesen chapados).

El artículo de usted, bien razonado, bien escrito y con citas importantes, les habría proporcionado pretexto para replicar. Estos mal hilvanados renglones, por el contrario, les obligarán á retirarse por el foro, *por no discutir con un periódico impío que se burla de las mas santas creencias* (lo cual es cierto) *en un lenguaje tabernario y soez* (lo cual es falso) y porque... (aquí unos cuantos argumentos de la guardarropía clerical democrática (?).

En fin, Tomeu; que tanto usted como yo (usted más que yo, porque los ha tomado en serio) hemos perdido un tiempo precioso en contestar á esos católicos con gorro frigio, tiempo que podíamos haber empleado en más útil y honrada labor, blasfemar inclusive. (Autorizo á todos los beatos del Puerto de Santa María para escandalizarse y echar al aire el cuarto trasero.)

Hagamos, pues, propósito de la enmienda; y si un día soplasen vientos favorables á nuestra causa, no olvidemos que, antes que de esos republicanos, será más decente y hasta más previsor fiarnos de un carlista. Si la religión es lo primero, por esto; y si no lo es, porque, cuando menos, habría dado el carlista más pruebas de convicción que esos señores que intentan *acoplar á Cristo con Robespierre*, dando alientos, de paso, á los carlistas que han tratado de asesinar á Blasco Ibáñez y Rodrigo Soriano.

¡SIGUE EL SAQUEO!

El difunto conde de Rivadedeva, hombre de negocios, había hecho una fortuna en Méjico dirigiendo el Banco Nacional, fundación suya.

La actual condesa, su viuda, fué una simple criada de servir con quien se casó y de la que tuvo hijas, una de ellas religiosa, otra casada con una persona distinguidísima por su caballerosidad.

En el hogar de la viuda penetró el P. Sanz, un pezuño vulgarote, al que trajo aquí la Compañía para conquistar criadas, preparando el terreno á los jesuitas conquistadores de señoras, y que al fin, aleccionado por su protector, el Padre Labarta, que siempre estaba detrás de él, aprendió el arte de la alta capiteria.

Desde su entrada en el hogar de Rivadedeva, convirtióse éste en un infierno á la vez mina de oro para los jesuitas.

© Biblioteca Nacional de España